

Perdigón.—(*Compadeciéndole y sin ánimos de ofenderle*). ¡Pobre bestia!

Campanario.—Un viejo cabestro que me debía favores me informó de cuanto había de sucederme, me contó lo que yo acabo de contarte, y yo, que no quería morir, porque deseaba volver al prado verde donde pastaba el amor de mis amores, adopté una resolución.

Perdigón.—¡Matar!

Campanario.—No; eso hubiera sido mi ruina. Los hombres pueden más que nosotros.

Perdigón.—Entonces.

Campanario.—Verás: Cuando abrieron la puerta de mi encierro, y un torrente de luz trocó en día la noche interminable de aquel chiquero lóbrego, salí al redondel paso á paso, y me detuve en su centro. Los hombres de trajes de oro me llamaron, ofreciéndome sus cuerpos; pero yo, dominando mis ímpetus, permanecí como clavado en la arena. Uno de ellos, no te exagero, tanto se acercó á mí, que hubiera podido engancharle con sólo adelantar la cabeza; pero me acordé de los consejos del cabestro amigo y le volví el rabo.

PERDIGÓN.—(*Para su pellejo*) ¡Valiente sinvergüenza!

CAMPANARIO.—Entonces los cobardes de la gradería comenzaron á gritar como locos. Un pobre caballo, enfermo de la vista, á juzgar por la venda que cubría sus ojos, adelantó varias veces á mi encuentro; pero yo huí siempre de él.

PERDIGÓN.—Pues sí que hacías un papelito.

CAMPANARIO.—A cada huída más arreciaban los gritos, y los denuestos, y los silbidos; pero de repente cesó todo aquel griterío como por ensalmo, y en su lugar, ¡que susto pasé!, oí que la corneta aciaga, precursora de muerte, atronaba los aires. Me juzgué perdido; creí que á pesar de mis esfuerzos iba á sucumbir víctima de la perfidia de los bípedos, y mujiendo de rabia loco de miedo, hice un supremo esfuerzo y ¡paf! salté la barrera.

PERDIGÓN.—(*Sin poderse contener y con marcada ironía*). ¡Muy bonito!

CAMPANARIO.—Pues á ese salto debí la vida; cuando, merced á no sé que diabólicas artes, me encontré de nuevo en la plaza, vi en ella al viejo cabestro que me aconsejó, y mientras los cobardes de la gradería me apostrofaban rudamente, me decía casi con lágrimas en los ojos: «¡Campanario! ¡Amigo mío! ¡Alégrate! ¡Has salvado la vida...!» Y, en efecto, aquí me tienes; salvé la vida.

PERDIGÓN.—Pero ¿á qué precio? (*Campanario se sonroja*). Volviste á tus campos, pero volviste para roturar sus tierras, para arrastrar el arado infamante. ¡Pobre Campanario! ¡Cuántas veces se habrán mofado de tí aquellos erales que te idolatraban, viéndote como un paria dar vueltas y vueltas á la noria!

CAMPANARIO.—(*Dolorido*). ¡Perdigón!

PERDIGÓN.—¡Y cuántas veces habrá crujido á tus ancas la carreta cargada de gavillas, mientras mi anciana abuela, la vaca de tus amores, coquetea-
ría con otro toro más decente que tú!

CAMPANARIO.—(*Sollozando*) No sigas; por mi dios Apis te lo pido.

PERDIGÓN.—(*Levantándose bufando*). ¡Cobarde! Bien cuelga en tu cuello el cencerro de la indignidad; eres un miserable.

CAMPANARIO.—Sí, un miserable; pero mi conducta tiene justificación; ¡es tan hermosa la vida!

PERDIGÓN.—(*Alejándose con arrogancia*). Calla, cabestro, ¿qué entiendes tu de vida ni de hermosuras?

CAMPANARIO.—¡Perdigón, si no haces lo que yo hice morirás mañana!

PERDIGÓN.—¡Pues moriré!

CAMPANARIO.—Piensa que....

PERDIGÓN.—¡Calla, buey, te desprecio! (*Se aleja orgulloso*).

CAMPANARIO.—(*Tras una pequeña rumia y filosofando como verdadero astado*). ¡Sí buey... buey... pero vivo!

CUADRO II

(La misma decoración á toda luz. Es la hora de la corrida. Han desfilado las cuadrillas á los acordes de una música alegre y entre los aplausos del público que llena la plaza. En el cielo, de un intenso azul, brilla un sol que achicharra y enardece. A una señal de la presidencia, suena el clarín, abren la puerta del chiquero, y *Perdigón*, el toro negro de las finas agujas, pisa la arena. Aplausos al ganadero, que ocupa una barrera. Un peón, desde lejos, levanta su capote, y el toro acude á él impetuosamente, haciéndole saltar al callejón más que de prisa. *Perdigón*, enfurecido por la repentina desaparición del que estimó como víctima, arremete contra la barrera, y los rojos tablonos saltan hechos astillas. El público aplaude de nuevo. Uno de los matadores abre su capa pretendiendo lancear á la fiera, pero ésta le arrolla y lo derriba. Varios toreros acuden al quite, y tienen que tomar el olivo, sembrando el suelo de capotes. Cunde el pánico entre la gente de á pie. Un piquero da frente á *Perdigón*; acude éste, y picador y caballo ruedan por la arena. Un hilo de sangre tiñe el nervudo morrillo de *Perdigón*, y ciego por la ira no espera ya que los caballos se le aproximen; los busca, los destroza á cornadas, los pisotea, los muerde..... Los aplausos se truecan en ovación estruendosa, mientras *Perdigón* bufa, sintiendo que la sangre brota á raudales de su cuello. Sobre la arena hay siete pencos muertos; pero los espectadores, sedientos de vidas, quieren más aún, y gritan: "¡Caballos...! ¡¡Caballos...!!" Y más caballos salen y más caballos mueren. Entonces, la masa, la multitud, la de las grandes locuras y las grandes justicias, electrizada, delirante, loca, pide á la presidencia, como un sólo hombre, la vida de *Perdigón*. El presidente accede á este deseo de la multitud, y *Perdigón* es perdonado. Se agita un pañuelo; el siniestro clarín, precursor de muerte en otras ocasiones, vibra

ahora en los aires como una risotada de alegría, y *Perdigón*, el toro noble, el toro valiente, el buen toro, con los ojos llenos de lágrimas y el cuerpo cubierto de sangre, hace mutis por el callejón que da acceso á la corraleta, en medio de la ovación más entusiasta que oyeran los nacidos).

CUADRO III.

(La corraleta. Es un patio grande y terrizo; hay en él un pozo de alto brocal, una pila de escaso fondo y varios burladeros de madera. *Campanario* y dos bueyes más contemplan á *Perdigón*, sintiendo correr por sus lomos el frío de las grandes emociones y por sus frentes el calor de las grandes vergüenzas. *Perdigón*, con la cara ensangrentada y el morrillo lleno de negros coágulos, resopla fatigosamente. En los burladeros el dueño de la ganadería se recrea en el toro con verdadero orgullo, y el conocedor, un viejo vaquero de sombrero ancho, marsellés con coderas y zahones oscuros, pálido aún de la emoción sufrida, seca de sus ojos unas lágrimas).

EL GANADERO.— Agua á ese toro, Frasquito; lavarle bien, refrescarle los remos; que se me salve, por lo que tú más quieras en el mundo.

EL CONOCEDOR.— Se salvará, nostramo.

EL GANADERO.— (*Entusiasmado*) ¿Has visto, Frasquito? Has visto?

FRASQUITO.— ¡El mejor toro de España! (*Perdigón agita nerviosamente la cabeza*).

EL GANADERO.— En cuanto sane, al cortijo; quiero que sea el padre de mi ganadería. (*A Perdigón se le hace la voca agua, y hasta sufre un ligero vahido de satisfacción. Campanario, al tragar saliva amarilla, mueve la cabeza y su cencerro de cobre lanza una nota triste*).

PERDIGÓN.— (*Advirtiendo la presencia de Campanario*). ¡Campanario! Mirame ¡vivo!

CAMPANARIO.— (*Por decir algo*). Te han herido.

PERDIGON.—Sí, pero no importa; sanaré y volveré á mis campos y seré feliz, porque he ganado con mi valor y con mi sangre la felicidad que me espera. Yo viviré la verdadera vida; para mí tendrá hierbas el prado y linfa el arroyo y caricias la hembra; para mí habrá noche y día y luna y sol.

CAMPANARIO.—(*Avergonzado, confundido y llorando como un becerro*). ¿Qué hiciste para conseguir tanto!

PERDIGON.—(*Con arrogancia*). ¡Estúpido! Lo que no hiciste tú: cumplir con mi deber.

TELON

PEDRO MUÑOZ SECA "El deber".

25

"El agua toma siempre la forma de los vasos que la contienen," dicen las ciencias que mis pasos atisban y pretenden analizarme en vano: yo soy la resignada por excelencia, hermano. ¿No ves que á cada instante mi forma se aniquila? Hoy soy torrente inquieto y ayer fui agua tranquila; hoy soy en vaso esférico redonda; ayer apenas me mostraba cilíndrica en las ánforas plenas, y así pitagorizo mi sér hora tras hora: hielo, corriente, niebla, vapor que el día dora, todo lo soy y á todo me pliego en cuanto cabe: ¡Los hombres no lo saben, pero Dios si lo sabe!

¡Por qué tú te rebelas! ¡por qué tu ánimo agitas!
¡Tonto! ¡Si comprendieras las dichas infinitas de plegarse á los fines del Señor que nos rige!
¿Qué quieres? ¿por qué sufres? ¿qué sueñas? ¿qué te aflige?
¡Imaginaciones que se extinguen en cuanto aparecen..... en cambio yo canto, canto, canto!
Canto, mientras tú penas, la voluntad ignota;
canto cuando soy linfa, canto cuando doy gota,
y al ir, Proteo extraño, de mi destino en pos,
murmuro:—¡Que se cumpla la santa ley de Dios!

¡Por qué tantos anhelos sin rumbo tu alma fragua!
¿Pretendes ser dichoso? Pues bien, sé como el agua;
sé como el agua llena de oblación y heroismo,
sangre en el cáliz, gracia de Dios en el bautismo;
sé como el agua, dócil á la ley infinita,
que reza en las iglesias en donde está bendita,
y en el estanque arrulla meciendo la piragua.
¿Pretendes ser dichoso? Pues bien, sé como el agua;
viste cantando el traje de que el señor te viste,
y no estés triste nunca, que es pecado estar triste.
Deja que en tí se cumplan los fines de la vida;
sé declive, nó roca; transfórmate y anida
donde al señor le plazca, y al ir del fin en pos,
murmura: ¡Qué se cumpla la santa ley de Dios!
Lograrás si así lo hicieres, magno tesoro
de bienes: si eres bruma, serás bruma de oro;
si eres nube, la tarde te dará su arrebol;
si eres fuente, en tu seno verás temblando el sol;
tendrán filetes de ámbar tus ondas si laguna
eres, y si oceano, te plateará la luna.
Si eres torrente, espuma tendrás tornasolada,
y una crencha de arco iris en flor si eres cascada.

(Amado Nervo. "La hermana agua.")

26.

Ojos claros, serenos,
si de dulce mirar sois alabados,
¿por qué si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos
más bellos pareceis á quien os mira,
¿por qué á mí sólo me miráis con ira?
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.

(Gutiérrez de Cetina. "A unos ojos.")

27.

Era un cautivo beso, enamorado
de una mano de nieve, que tenía

la apariencia de un lirio desmayado
y el palpar de un ave en agonía.

Y sucedió, que un día
aquella mano suave
de palidez de cirio,
de languidez de lirio,
de palpar de ave,
se acercó tanto á la prisión del beso,
que ya no pudo más el pobre preso
y se escapó; mas con voluble giro
hayó la mano hacia el confín lejano;
y el beso, que volaba tras la mano,
rompiendo el aire, se volvió suspiro.

(Luis G. Urbina. "El beso.")

28.

El campanileo de los arneses ha interrumpido las soñaciones; un riendazo, una exclamación gutural del auriga, y henos aquí en plena realidad, resbalando rápidos sobre la nieve. Las calles van abriendo sus perspectivas ante nuestro galope. Por que aquí el paso rocinante de los simones es desconocido. Todos los trineos corren dejando nubecillas de hielo en sus huellas, todos, desde el modesto que guía un "izvochehik," hasta el señorial que, tirado por una cuadriga, lleva á los grandes duques de paseo. El nuestro es un troika, algo como un carro romano, con sus tres caballos engachados en forma de abanico, con su cochero casi de pié, vocinglero y gesticulador, con sus arcos llenos de cascabeles y de campanillas, que suenan, que alegran, que llenan la calle y que nos hacen repetir mentalmente los versos de Edgardo Poe:

Los trineos matutinos
con sus toques argentinos,
pasan locos entre risas

Porque, en efecto, hay algo de locura alegre en este resbalar vertiginoso, que apenas deja entrever

—200—

las tiendecillas bajas, en el fondo de las cuales, en pleno medio día, arden las lámparas de gas, y que da á los edificios que se encuentran formas alargadas y temblequeando. Hay locura sí; pero sobre todo hay, para nosotros los que venimos de muy lejos, sorpresa inquieta. ¡Qué sensación tan penetrante! La nieve del suelo, cortada por los patines de acero, salta hasta nuestro rostro, mientras los copos, más suaves, vienen volando á posar sus alas albas en nuestros abrigos, en nuestras gorras. Todo es blanco. Los caballos llevan las crines empolvadas, como pelucas de marqueses Luis XV. En las barbas del mujik que conduce, el aliento se ha helado y forma estalactitas. Las riendas, á pesar de su perpetua sacudida, se llenan de puntos immaculados. En las aceras nada sobresale. Los bancos, los kioskos, las vidrieras, todo es blanco, blanco.

(E. Gómez Carrillo. Los trineos.)

31

Tu eres de mis amigos el primero,
según, Crispo, lo cuentas noche y día;
yo, candoroso, un tiempo lo creía
fiando sólo en tus palabras, pero

Comencé por pedirte algún dinero,
y mayor tu pobreza que la mía,
probándome, resuelto me veía
á dividir conmigo mi puchero.

Si el Gobierno á ocuparme se ha inclinado
en hablar mal de mí tú te recreas.
Tuve una amasia, y tú me la has quitado.

Tu erudición en fastidiarme empleas,
Sólo una prueba de amistad me has dado,
que delante de mí te ventoseas.

(Ignacio Ramírez. "Traducción de marcial").

—201—

La locura ha tenido singulares privilegios en la historia de la humanidad; Homero lo sabía y hoy lo enseña Lombroso, aunque este exagera. Dos enfermos célebres han polarizado la moral humana: Jesús Cristo y Federico Nietzsche.

La moral de Cristo deprime y escarnece la vida; la moral de Nietzsche la hermosea y exalta. Los teoremas éticos de Jesús son empíricos y anticientíficos; contrastan con la selección biológica de los seres vivos y obstan el ascenso evolutivo de las especies. En cambio la moral de Federico se armoniza con las leyes fundamentales de la biología, es propicia al seleccionismo y aspira á que la evolución de las especies vivas sobrepase al hombre, que es actualmente su forma superior.

La ética de Cristo fué popular gracias á su inferioridad. Los débiles, los ignorantes, los pobres de espíritu, los cobardes, los serviles, los gregarios, los ceros son los más; por eso la moral cristiana encuentra fáciles simpatías en las glebas.

La moral de Zarathustra es necesariamente impopular; la impopularidad es un privilegio de todas las verdades. Los fuertes, los hermosos, los inteligentes, los sensuales, los dominadores, son los menos.

El loco Jesús fué apostol de una enfermisa decadencia. El loco Nietzsche ha cerrado el triste paréntesis, presagiando auroras nuevas, astros de un sano amanecer.

(José Ingegnieros "Jesús y Federico").

Entre el sopor de la siesta que duerme Galicia lozana, junto á la fuente que ronda zumbando clamante abejorro, medio entreabierto la boca encendida, de olor á manzana, bebe una hermosa las gotas del arco movable del chorro.

Y bajo d'él, colocando la herrada que trajo á la fuente, mira llenarse la tosca basija de inquietos albores, como si rosas de recias espumas de luz floreciente se desflecasen en mil carcajadas y locos temblores.

Entre el ardor de la brisa gallega, la moza suspira; y bajo el arco de carne florida del pecho oloroso, la juventud balancea, temblando con ritmo de lira, la plenitud de los senos redondos de mármol glorioso.

De su moción, remota en el aire, le viene la queja, y con los dedos, tapando de pronto del caño el ruido, con la avaricia que bebe la esponja, se ensancha su oreja, y á los ramales del viento le arranca del hombre el sonido.

"Por las praderas te busco, le dice la copia de llanto; por las vertientes y al pie de las aguas que rompen sus flecos; por los apriscos, y lloro de ovejitas contesta á mi canto; por los torrentes, y solo á mis aires responden sus ecos".

"Cuándo será que mis ojos te miren, arisca paloma, y que la risa reviente tus labios de roja granada, y bajo el chorro que forme cayendo tu risa de aroma, ponga mi pecho y en luces rebose cual fondo de errada!"

Ella con testa con voz clara y dulce: "Te espero en la fuente, ven y al ganado cortemos la yerba del campo moreno, y con mi pelo, que es trigo de Julio y es oro riente, ata si quieres con manos de novio los hases de heno".

Y hacia el cantar dirigiendo el amante la planta briosa, halla en la fuente la moza que sueña del agua al conjuro, y al contemplarlo del pecho rotundo la curva ambiciosa triunfal balancea los prietos racimos del seno maduro.

El la sujeta feliz en sus brazos, que tiemblan latentes, ella resiste la lucha amorosa con giros fugaces, hasta que al fin, al prenderla de nuevo los brazos potentes, dan entre risas, jugando y corriendo, del heno en los hases.

Y entre el sopor de la siesta campestre que evoca á Virgilio, mientras que duermen al són de las ramas del lago de Seira, finge la fuente la gaita del Norte que arruya el idilio, como si Pan estuviese tocando la alegre muñeira.

(Salvador Rueda. "Idilio".)

I.

Así, niña encantadora
 porque tus gracias no roben
 las huellas que el tiempo deja,
 juega como niña ahora,
 como niña cuando joven,
 como joven cuando vieja.
 Por mis muchos desengaños,
 te ruego, Asunción querida,
 que ames mientras tengas vida
 como amas á los seis años.
 Justamente, de ese modo;
 amando desamorada;
 así, no queriendo nada,
 esto es, queriéndolo todo;
 anhelante y sin anhelo,
 ya resuelta, ya indecisa,
 pasa de la risa al duelo,
 pasa del duelo á la risa;
 así, de prisa, de prisa;
 todo al vuelo, todo al vuelo

II.

Sé amorosa y nunca amante;
 lleva á la vejez tu infancia;
 sé constante en la inconstancia
 ó en la inconstancia constante;
 Nunca beses como loca,
 besa como una loquilla;
 jamás....jamás en la boca,
 siempre, siempre en la mejilla;
 ten presente que la abeja,
 queriendo entrafñar la herida,
 la desventurada deja
 entre la muerte la vida.

III.

¡Sí! Si lo mismo que hoy eres
 la hermosa entre las hermosas
 ser, mientras vivas, quisieres
 dichosa entre las dichosas,
 tal ha de ser tu divisa:
 amar muy poco y de prisa,
 como hacen las mariposas;
 aunque no importa realmente
 que ames infinitamente,
 si amas infinitas cosas.

IV.

Son tan cuerdos mis consejos,
 que me atreveré á jurarte
 por mis ojos que, aunque viejos
 aún, Asunción, al mirarte,
 aspiran á ser espejos
 que aplicando estos consejos
 á mi vejez, todavía
 pienso curar, hija mía,
 de mi corazón las llagas;
 llagas ¡ay! que no tendría,
 si yo hubiera hecho algún día
 lo que te aconsejo que hagas.

(Campoamor. "Amor al vuelo").

En un muladar un día
 cierta vieja sevillana
 buscando trapos y lana,
 su ordinaria grangería,
 por acaso vino á hallarse
 un pedazo de un espejo,
 y con un trapillo viejo
 lo limpió para mirarse.

Viendo en el aquellas feas
quijadas de desconsuelo,
dando con él en el suelo
le dijo:—"Maldito seas."

(B. Alcázar).

42

En una ocasión radiculó Cervantes el carácter andaluz.

En 1598 acontecieron dos sucesos de importancia; el Tratado de Vervins entre Enrique IV y Felipe II, que puso fin á las guerras de religión, y la muerte de este último. Siempre se señaló la hermosa capital andaluza, en la época de su poderío, por la fastuosidad con que exhibía cualquier acto religioso ó profano, y las honras celebradas á la memoria de aquel monarca son un buen testimonio de ello.

Al efecto, mandó construir en la ciudad en su honor un cenotafio de rara magnificencia; Montañés prodigó en él las maravillas de su cincel y Pacheco los colores de su paleta. En la mañana del 25 de Noviembre del mencionado año, ocupado el espacioso templo por todas las clases sociales, sentados sus representantes en bancos rasos por tratarse de honras reales, al comenzarse el fúnebre acto se suscitó una cuestión de etiqueta entre la Audiencia y la Inquisición: el Regente de aquella había cometido el horrendo delito de mandar cubrir su asiento con un paño negro, y el Santo Tribunal que se percató de ello, al comenzar el sermón de rúbrica, fulminó excomunió mayor latae sentencia.

La Audiencia, á pesar de ello, se opuso resueltamente, y no obstante el lugar, la solemnidad y el motivo de la misma, contestó que no quitaba el paño. El Cabildo dispuso en el acto suspender la misa y que se concluyese en la sacristía, y que el predicador bajase del púlpito; el público comenzó á

—206—

desfilár haciendo los comentarios consiguientes, y sólo los Tribunales permanecieron en sus puestos hasta las cuatro de la tarde, á guisa de protesta; sometiéndose después todo ello nada menos que á la resolución del consejo de S. M. Esta dictó fallo á últimos de Diciembre, acabándose entonces pacíficamente la triste ceremonia comenzada un mes antes.

El tiempo que se invirtió en tan pueril disputa permaneció el monumento en pie, y de muchos puntos de la provincia, noticiosos de lo ocurrido y de la suntuosidad del mismo, acudían á admirarle, exagerando las proporciones del cenotafio con ponderación suma. Mas Cervantes, que por entonces residía en Sevilla, que estaba al tanto del estupendo suceso, que escuchaba tanta hipérbole y tantas necedades y comentarios, compuso aquel otro soneto tan conocido como celebrado, puesto en boca de un soldado, soneto que su mismo autor llama justamente en el Viaje al Parnaso "honra principal de mis escritos." Helo aquí: (Léase el soneto en el párrafo No. 170 del texto).

(F. Cáceres Plá. 'De "re" cervantina'.)

43.

Non es de sesudos homes
ni de infranzones de pro,
facer denuesto á un fidalgo
que es tenuto más que vos.
Non los fuertes barraganes
del vuestro ardid tan feroz
prueban en homes ancianos
el su juvenil furor.
No son buenas fechorías
que los homes de León
fieran en el rostro á un viejo,
y no el pecho á un infanzón.
Mano en mi padre pusisteis

—207—

delante el Rey con furor,
cuida que lo denostasteis,
y que soy su fijo yo.
Mal fecho ficisteis, conde,
yo vos reto de traidor.
Non vos valdrá el ardimiento
de mañero lidiador,
pues para vos convatir
traigo mi espada y trotón.
Aquesto al conde lozano
dijo el buen Cid Campeador,
que después por sus fazañas
ese nombre mereció.
Dióle la muerte y vengóse;
la cabeza le cortó,
y con ella ante su padre
contento se afinojó.

(Romance Antiguo).

44.

“Si tienes el corazón,
Zaide, como la arrogancia,
y á medida de las manos
dejas volar las palabras;
si en la vega escaramusas
como entre las damas hablas,
y en el caballo revuelves
el cuerpo como en las zambras;
si eres tan diestro en la guerra
como en pasear la plaza,
y como á fiestas te aplicas
te aplicas á la batalla;
si como el galán ornato
usas la lucida malla,
y oyes el son de la trompa
como el son de la dulzaina,
si respondes en presencia,
como en ausencia te alabas;

— 208 —

sal á ver si te defiendes
como en el Alhambra agravias,
y si no osas salir solo
como lo está el que te aguarda,
algunos de tus amigos
para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros
no en palacios y entre damas
se aprovechan de la lengua
que es donde las manos callan.
Pero aquí que hablan las maños
ven y verás cómo habla
el que delante del Rey
por su respeto callaba.”

Esto el moro Tarfe escribe
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.
Y llamando un paje suyo,
le dice: “Vete al Alhambra,
y en secreto al moro Zaide
da de mi parte esta carta,
y dirásle que le espero
donde las corrientes aguas
de cristalino Genil
al Generalife bañan.”

(Romance Antiguo).

45.

Por fin, nos quedamos solos
en aquel nido ideal.
Ruborosa, sin mirarme
(pero viéndome quizás,
pues tenía, como todas,
el dón de ver sin mirar,)
quitóse el velo de seda
con que cubría su faz,

— 209 —

y sobre el lecho de plumas
dejó su ramo de azahar.

No sé que dulces palabras
de armonía celestial
supe decirla al oído,
que la sentí suspirar,
y nuestros labios supieron
buscarse en la oscuridad.

De pronto cuando en mis brazos
comenzaba á dormitar,
unos pasos y un lamento,
que oímos con vaguedad
junto á la puerta entornada
de la cámara nupcial,
turbaron nuestro reposo
y ella comenzó á temblar.....

—Alguien se acerca— me dijo.
Tengo miedo.....¿Quién será?—

Me levanté. De puntillas
Fuíme á la puerta á escuchar,
y, riendo como un loco,
tranquilo, alegre, jovial,
volví á su lado y la dije:

—No te asustes..... Duerme en paz.
Es el Amor, que ha cumplido
con su deber.....y se va.....

(Antonio Zozaya. "Es el amor.")

46.

—Parióme adrede mi madre,
¡ojalá no me pariera!
que estaba cunado me hizo,
de gorja naturaleza.
Dos maravedís de luna
alumbraban á la tierra,
que por ser yo el que nacía,
no quizo que un cuarto fuera.
Nací tarde, porque el Sol

—270—

tuvo de verme vergüenza,
en una noche templada
entre clara y entre yema;
un miércoles con un martes
tuvieron grande revuelta,
sobre que ninguno quiso
que en sus términos naciera.
Tal ventura desde entonces
me dejaron los planetas,
que puede servir de tinta
según ha sido de negra;
porque es tan feliz mi suerte,
que no hay cosa mala ó buena,
que aunque la piense de tajo,
de revés no me suceda.
Para que vean los ciegos,
pónganme á mí á la vergüenza;
y para que cieguen todos,
llévenme en coche ó litera.

Como á imagen de milagros
me llevan por las aldeas,
si quieren sol, abrigado
y desnudo, porque llueva.

De noche soy parecido
á todos cuantos esperan
para molerlos á palos;
y así inocente me pegan.

Agua me falta en el mar,
y la hallo en las tabernas;
que mis contentos y el vino
son aguados donde quiera.

Dejo de tomar oficio,
porque sé por cosa cierta,
que en siendo yo calcetero,
andarán todos en piernas.

Si estudiara medicina,
aunque es socorrida ciencia,
porque no curara yo,
no hubiera persona enferma.

—271—

Siempre fué mi vecindad
mal casados que vocean,
zapateros que madrugan,
herrereros que me desvelan.
Para que no estén en casa
los que nunca salen de ella,
buscarlos yo solo basta,
pues en ésto estarán fuera.
Si alguno quiere morir
sin ponzoña ó pestilencia,
proponga hacerme algún bien
y no vivirá hora y media.

(Quevedo y Villegas).

47.

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo.
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.
No estoy bien ni mal conmigo;
mas dice mi entendimiento,
que un hombre que todo es alma
está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
y solamente no entiendo
cómo se sufre á sí mismo
un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan,
fácilmente me desiendo;
pero no puedo guardarme
de los peligros de un necio.
Dijeron que antiguamente
se fué la verdad al cielo;
¡tal la pusieron los hombres
que desde entonces no ha vuelto!

(Lope de Vega).

—212—

48.

Madre, un caballero
que á las fiestas sale,
que mata los toros
sin que ellos le maten,
más de cuatro veces
pasó por mi calle
mirando mis ojos
por que le mirase.
"Rabia le dé, madre,
"rabia que le mate!"
Músicas me daba
para enamorarme,
papeles y cosas
que las lleva el aire;
siguióme á la iglesia,
siguióme en el baile
de día y de noche,
sin querer dejarme.
"Rabia le dé, madre,
"rabia que le mate!"
Viéndome tan dura
procuró ablandarme
por otro camino
más dulce y suave:
dióme unos anillos
con unos corales,
zarcillos de plata,
botillas y guantes;
dióme unos corpiños
con unos cristales:
¡negros fueran ellos,
pues negros me salen!
"¡Rabia le dé, madre,
"rabia que le mate!"

(Anónimo.)

49.

Vivir es aquel impulso de ser que en lo que ya es
se resuelve en esfuerzo por ser más. Allí donde

—213—

cesa aquel impulso ó acaba este esfuerzo, allí cesa la vida y acaba el ser vivo aunque continúe la apariencia por automatismo. Porque el esfuerzo de vida se crea su ritmo y, acabado aquél, éste puede persistir indefinidamente, automáticamente, ya sin alma, dándonos la exterioridad de la vida y haciéndonos tomar por vivas cosas que en realidad hacen mucho que murieron.

Pero ¿qué quiere decir tanto vivir?—preguntáis—. Pues vivir quiere decir desear más, siempre más y no por apetito, sino por ilusión. La ilusión, esta es la señal del vivir. Y desear por ilusión es amar, y amar, esto es la vida. Amar hasta poder darse con gusto por lo amado. Poder olvidarse á sí mismo, esto es ser uno mismo; poder morir por algo, esto es vivir. El que sólo piensa en sí, no es nadie; está vacío. El que no puede morir por algo, ya está muerto. Sólo el que puede morir, el que puede olvidarse, el que puede darse, al que ama, en una palabra, ése está vivo. Y entonces no tiene sino hechar á andar. "Ama y haz lo que quieras."

Ama tu carne y tu sangre, á tu mujer y á tus hijos, á tus hermanos.... al hermano que vez en todo hombre que, vivo, se acerca á tí. No se trata aquí de filantropía, ni de humanitarismo, ni de todas esas zarandajas automáticas, títeres del amor de los que andáis tirando los cordones para disimular ó creyendo suplir la falta; se trata de amar; y sólo lo vivo se puede amar en vivo, y sólo amar en vivo es amar.

Decís que amáis á todos los hombres cuando no podéis amar bien á uno sólo; y con sólo uno que amara cada uno, todos quedarían bien amados y el amor mejor servido.

Ama tu casa y la tierra en que la levantaste al levantarte tú mismo de ella; y no llares patria sino á eso, no á los Estados levantados por la vana soberbia de los hombres, otro automatismo en que ha sido ahogada la voz de la tierra; atiende á esa voz viva solamente y, donde la entiendas, lo que se pue-

da llamar entenderla hasta las entrañas, allí está tu patria. Sólo por ésta podrías dar la vida, y esta es la señal—¿te acuerdas?—esta es la señal del amor; esta es, pues, tu patria viva, nó el mundo; ¿qué es para tí el mundo? Sólo el Hijo directo de Dios, que hizo toda la tierra, pudo dar su vida por el mundo; así sólo para El era éste la patria. Pero tú eres hijo directo de tu tierra. ¿Podrías dar la vida siquiera por este pedazo? Lo dudo. Bastante tienes, pues, para esforzar tu amor.

Ama tu oficio, tu vocación, tu estrella; aquello para que sirves; aquello en que eres realmente uno entre los hombres. Esfuérate en tu quehacer como si de cada pensamiento que pones en él, de cada traza, de cada pieza que ajustas, de cada golpe de tu martillo dependiera la vida de la humanidad. Y depende, créelo. Si olvidado de tí mismo te pones todo con amor en tu trabajo, haces más que un Emperador rígiendo indolentemente sus Estados; haces más que el que inventa una teoría universal por satisfacer su soberbia; haces más que el político histrión que agita y el que gobierna. Puedes desdeñar todo esto y el arreglo del mundo. Haga cada uno todo su deber en su casa, y basta. Porque el mundo no es más que el conjunto de las casas. Y todo tu deber en tu casa es vivir, es estar vivo. Vivid todos un solo momento sabiendo amarlo, y veréis.

Amalo tú, al menos, este momento que ahora pasa.... que no pasa, créeme, por que estamos sellados en eternidad; y en este momento, tuyo es todo el pasado y todo el porvenir del mundo. Amado, pues, el momento, vives en la vida eterna. Nada hay despreciable y muerto sino la pereza del caos, que es desamor, y sus fantasmas; pero todo lo que pasando por delante de tí vive en tí—el sol, la lluvia, la noche, el niño que va cantando por la calle, el perro que duerme, el grito que oyes, el polvo que vuela—todo es para ser eterno, todo es para ser amado. Todo.

(Juan Maragall. "Elogio del Vivir.")

Hijo nací tercerón
de un hidalgo pobretón,
y si la fiebre amarilla
no barre medio Castilla
no espero ninguna herencia.

¡Paciencia!

Si presto, nadie me paga,
que es mi suerte muy aciaga;
si me veo en un apuro
y llevo á pedir un duro,
me dan.....una reverencia.

¡Paciencia!

¿Viene á convidarme Blás?
no me halla en casa jamás;
y es fijo que ha de encontrarme
el que venga á molestarme
con alguna impertinencia.

¡Paciencia!

El cielo anuncia tronada;
saco paraguas.....no hay nada,
no lo saco.....y aquel día
un diluvio nos envía
la divina Providencia.

¡Paciencia!

[Bretón de los Herreros. "¡Paciencia!"]

FIN